

CAPITULO 7

¿Y por qué no reconocer el lecho de la intimidad, ese lecho esquivo por ahora, y entregarse al frenesí? Despejar las dudas, aunque las dudas parecían ocultas en el baúl, donde se guardan los recuerdos. Donde habita la soledad, acompañada del silencio. Afuera, haciendo reverencias al enmarañado viento, se doblaban los arbustos del huerto, hasta besar la tierra.

¿Había que lisonjear su presencia? ¿Rendirle pleitesía? ¿Escribir un poema, dedicado a exaltarla? Choque tiraba de la cuerda de cáñamo, donde permanecía atada a la pértiga, resignada a su destino. Aunque vivía acostumbrada a los ruidos de la tempestad, a la presencia de un puma hambriento, le inquietaban en esa ocasión, los ladridos de Tintín.

—Ya sabes que me evadí de la cárcel de Nueva Imperial hace un mes. ¿Cómo negar la evidencia? Reitero. No he matado a nadie, Javier. ¿Lo crees?

Hizo una pausa, mientras se desataba la cabellera y la acomodaba en sus hombros de ondina. Cascada de un apresurado río, anunciando la libertad. Ahora, su rostro se iluminaba; adquiriría el encanto que Javier quiso ver ese día en

la mañana, cuando la divisó a la hora del desayuno. Se había anudado una pañoleta al cuello y puesto en su rostro menjunjes, que había encontrado en una cajuela.

—Te creo, Alondra. Yo no soy juez de nada y podrás permanecer aquí, hasta el tiempo que lo desees. ¿De acuerdo? Ofrezco mi hospitalidad, sin nada a cambio.

De la mano del viento se aprestaba a retornar la lluvia, infaltables huéspedes de la región. ¿Quién los había invitado a la tertulia de esa tarde de intimidad? Hay comensales que llegan a compartir nuestra mesa e ignoramos sus nombres. A menudo no importa, pues traen historias, narradas por viejos juglares.

O de esos narradores del zoco del norte de África que, a cambio de una taza de café con cardamomo, endulzan los oídos de la concurrencia. Si fuesen mentiras, hasta sería tolerable. Se cuelan de contrabando por los intersticios, a través de una ventana o puerta mal cerradas y nadie puede evitar su presencia. Arriban a cualquier hora, como si fuesen inesperados huéspedes.

—Alondra. Algo escuché en la feria de Carahue sobre la evasión de una reclusa de la cárcel, nada más, pero no podía asociarla contigo.

—¿Me perdonas, Javier?

—¿De qué?

—He mentido haciendo suponer mi condición de ondina.

—Para mí Alondra, lo eres desde siempre. Me gustaría desde hoy, llamarte, Alondra-Ondina.

—Soy fugitiva de la justicia —alegó, mientras se cubría el rostro con las manos.

Tintín volvió a ladrar anunciando la presencia de alguien que se aproximaba a la cabaña.

—Es Luis que adelantó su viaje para el día de hoy. Hierve en deseos de conocerte y su lealtad hacia mí es a prueba de fuego. No tengo más amigo que él en la región. Desde hace meses, nadie de mi familia aparece por aquí. La lluvia, supongo, los asusta, como buenos habitantes del norte.

Mientras Luis Onfrey bajaba de la camioneta un trozo de alerce, a gritos advertía de su presencia y escudriñaba el cielo. Como quien conoce al dedillo el clima de la zona, supuso que en cualquier momento iba a llover. Llevaba sombrero de fieltro de fecunda ala y manta de castilla. Botas para sortear el fango de varios inviernos o caminos atosigados de agua. El frío pertinaz de la cordillera, que se desparrama hacia el valle o la nieve, cuya silenciosa presencia, nadie advierte.

Tintín que había salido al patio a recibirlo, ladraba agazapado, y después hacía piruetas amistosas alrededor de

la visita.

—Sí, sí, te he traído un regalo, Tintín, pero debes esperar. Sé que te gustan las galletas que hace mi mamá.

Cuando Javier abrió la puerta, Luis pudo observar a Alondra de pie junto al fogón. Expuesta a su curiosidad. Quedó paralizado al comprobar la belleza propia del mestizaje de la zona. Aquella actitud, no de soberbia. Obsequio a sus ojos de aventurero o mercader de ilusiones. La delgadez o finura exhibida por Alondra, la convertía en sinónimo de primavera a la hora del crepúsculo. Quien en una cesta ha puesto frutas perfumadas y las ofrece.

Presencia de quien sabe cómo producir encanto, mediante el secreto fulgor de su intimidad. Del gesto cercano a la sutileza, del movimiento de los párpados o de los labios que, al desplegarse, muestran la escondida ternura. Ese relucir destinado a embrujar al visitante.

Luis condujo el trozo de alerce al taller de Javier y se despojaba del sombrero alón, de la manta de Castilla y los ponía en el perchero. Se encaprichaba en observar a Alondra, mientras se restregaba las curtidas manos. Al sonreír, exponía los dientes de quien sabe masticar un trozo de charqui o la carne tierna de una perdiz, o mordisquear palabras de amor.

Boca de gozador, quién para seducir, utiliza cualquiera

expresión de su rostro, expuesto a embrujar. El guiño de la oportunidad, junto al ocurrente piropo. El parpadeo de quien emerge de la oscuridad, enceguecido por la crudeza de la luz. Tenorio jamás quieto, que hasta dormido, seduce. A modo de expresar su opinión, más bien escondida en el corazón que en la boca, Luis dijo:

—Vamos a tener lluvias en cualquier momento. Expresión de amor del cielo hacia la tierra.

Hizo una pausa, mientras se restregaba las manos.

—¿O no la ven ustedes como una invitación a la intimidad? Apenas salí de la cabaña, venía empujado por el viento sur. No recuerdo un invierno de tanta crudeza —y se acomodaba en una silla, después de recibir de Alondra, una taza de café humeante y galletas de anís.

—Te esperaba, amigo Luis, para el día de mañana.